

## CAPITULO XIII.

## EL REMOTO PORVENIR.

¡Salve hermoso Planeta de los verdes y esmaltados campos, de los plateados rios y de los cerúleos mares! ¿Adónde, adónde diriges tu elipcétrico curso?

¿Adónde te acompaña ese coro magnífico de núcleos con sus órdenes varios de secundarios sistemas?

¿Adónde te sigue el amoroso satélite que guías como el Aguila á su polluelo que volar aprende, ó como el centro rige á sus galantes curvas?

Mas ya descubro del enorme Júpiter la masa, con sus cuatro bellos satélites, y al viejo Saturno que ha perdido parte de sus anillos, y al que solo el exterior le resta sin desplomarse. ¡Todos esos núcleos se hallan de tí ya mas cercanos!

¡Sí, bello Planeta, que en el diáfano espacio infatigable ruedas en bizarra espiral lenta y sublime, y en armoniosas curvas, concordes con las de todo el resto de tus hermanos núcleos!

¡Es hácia el sol donde con ellos lento te diriges, como el héroe glorioso que esquivaba la apoteosis, ó como aquel que antes de terminar sus útiles fatigas procura hacer aun mas brillante su final destino!

Tierra, ¡oh tierra, eres tú! ¡Yo te saludo!

Sí, ya percibo de tus bellos continentes y tus islas los graciosos contornos. Ellos han cambiado en sus detalles; ellos están situados de otro modo con respecto á tu ecuador y tu eje, y así presentan menores resistencias á tu diurno y ánuo movimiento.

En verdad que las constantes perturbaciones que sufrieras han venido á fijarte nuevos polos, y á hacer que tus continentes se sitúen como la aurea y luminosa corona de tus mares, ó como la banda prominente que tiene al Africa en el polo ártico, cuando el antártico se fija en el grande y polinesio Océano.

Me acerco aun mas á tí, bello Planeta; quiero ver los restos de los hombres; quiero indagar si aun en tí viven, ó si yacen entumbados en fosíleos restos y su especie ha sido extinta.

¿Dónde, adónde están los antiguos etiopes con su lustrosa piel como el ébano, negra? Adónde del Albion los hijos con su ebúrneo color y con su rubio pelo? ¿Y adónde tantas variedades de la humana raza, que hicieron en tiempos de conflicto el orgullo de algunos y el oprobio de tantos?

¡Desaparecieron ya las diferencias! Una raza compacta, bella, portentosa, puebla tu suelo, cruza tus mares, y se eleva gloriosa entre tus nubes. ¡El hombre tambien ha mejorado en su talla y sus formas!

Su color es suave, rosado y armonioso.

Sus ojos vivos y lucientes.

Su pelo en trenzas y bucles de ébano contrasta en sus brillantes luces con el dulce y bello mate de su tersa cútis, agraciada con tintes cambiantes de frescura y suavidad.

Sus miembros vigorosos desafían la fatiga.

Y esbelto es, y bello, y grato el movimiento de su marcha, y noble, y calmo, y firme.

Ya no ecsisten, oh tierra, tus lóbregos barrancos.

Ni tus áridos desiertos de flotante arena

Ni tus ásperos é intransitables precipicios.

El hombre ha sugetado ya la furia de tus mares.

Ha regularizado el curso de tus rios y ha canalizado tus lagos.

Por todas partes hay la huella humana, y ella es solo la del héroe.

Del salvaje no encuentro ya vestigio alguno.

Los caminos que miro, fáciles, seguros y prolongados, están cruzados por prodigiosas máquinas que se deslizan suavemente, ya al través de continentes, ya ligando las islas por los anchos mares, ó ya en fin, visitando, oh tierra, tus entrañas en luengos subterráneos.

Y el hombre goza al atravesar tus ferradas vias con el dulce y suave movimiento como el infante que se mece en la cuna, ó como el ave que cruza los aires en dia tranquilo, diáfano, luminoso y sereno.

Ni el mas leve temor, ni el peligro mas leve ecsisten ya en esas vias de antiguas y tradicionales catástrofes.

¡El hombre anonada las distancias, del rayo con la fuerza y la presteza!

Tú, Planeta, eres su casa, su mansión divina; y todos tus distintos pobladores son tan solo ya hermanos.

¡Oh tierra encantadora! ¡Oh dulces pobladores! ¡O eden por sus manos adornado! ¡Los bellos dias de la humanidad llegaron; y el placer, y la virtud y la inocencia se unen á la sabiduría, y el poder con la bondad se aduna!

Palacios sorprendentes son las habitaciones todas. Concluyeron aquellas desolables construcciones en que el hombre fijaba á la tierra sus nidos con cal y arena, y con rocas fabricados y cubiertos de frágiles y corruptibles maderas.

Concluyeron aquellas tremendas conflagraciones en que una sola chispa solia consumir ciudades enteras. Los inmensos edificios que miro son á prueba de fuego, de agua y terremotos. Las piezas de que se componen constan de materiales refractarios á la vez que elásticos, incorruptibles y ligeros. Fuertes tornillos reúnen sus juntas y armamento, y brillantes y tersas superficies presentan los prodigios de las artes y de las formas bajo del cristal de los barnices, ó los brillos del oro y deslumbrantes esmaltes.

¡Oh mansiones sublimes! ¡Ellas depasan con la realidad cuanto la imaginacion ideaba en otro tiempo! El lujo, la riqueza, el buen gusto refinado no insultan, no, á la oprobiosa miseria. La miseria, la desigualdad, tiempo ha que ya no ecsisten. Todos los hombres viven con iguales comodidades, con delicias iguales, y la paz y la felicidad habitan sus brillantes mansiones.

Las poblaciones se ligan unas con otras, sin hallarse campos despoblados ni tampoco ciudades apiñadas.

Las vías de comunicación son deliciosos jardines, y los árboles de las calzadas y los bosques frutales, y sus maravillosos frutos pertenecen á todos.

Las sementeras son lugares de placer y de recreo. ¡Cuánto, cuánto gozo hay en esos campos admirables!

La naturaleza entera parece secundar amorosamente los objetos que el hombre se propone, y dócil, y sumisa y complaciente, rinde todos sus tesoros á la ciencia.

Rientes campiñas, mansiones deliciosas y bosquecillos cortados por el serpenteo curso de arroyuelos diáfanos y puros, brotados por artificiales fuentes, son los sitios encantadores que por todas partes presentas, ¡oh tierra! y en ellos se revelan los signos de la felicidad y de los nobles placeres.

Observatorios astronómicos armados de instrumentos admirables de óptica con dimensiones medianas y perfectamente manejables, pero de una precisión y efecto prodigioso, hacen mirarse á los habitantes de los diferentes planetas del solar sistema, que se comunican por medio de telegráficas señales con tus felices habitantes, ¡oh tierra portentosa!

¡Cuán varias formas! ¡Cuán grandes inteligencias ha conocido ya el hombre! ¡Cuánto, cuánto se avergüenza de su anterior barbarie y tiranía! ¡Cuánto deplora las máquinas funestas de guerra que dedicaba con la brutalidad salvaje en los antiguos tiempos, tan solo al estermio de sus obras y hermanos!

El ahora mira esos enormes globos planetarios, que la serie de los siglos va aproximando del sol á la estensa superficie, y en ellos observa costumbres más puras que las que la especie humana tener solía, y en todas partes, en todos los mundos reconoce los fines Providenciales de un sublime Criador, y á Él se prosterna el espíritu educado, con las lecciones vivientes que le trasmite el Universo con la velocidad y la precisión del elemento fotogénico.

El hombre conoce ya de las estrellas el curso; observa el Paresolis, y mide su enorme elipse biorbitaria con la lenta elipse que con él el sol en armonía describe. Así calcula el astrónomo estaciado los fenómenos del cósmico sistema, como en tiempos pasados calculaba de la luna la carrera, el ciclo los eclipses y las perturbaciones.

El armonioso conjunto de los variados movimientos estrellares no es ya desconocido. El hombre mira con placer inefable ese estupendo sistema en que todos los astros y todos sus parciales movimientos están relacionados, y ve del Paraíso final el centro prodigioso á donde todas las estrellas rutilantes se dirigen como al faro universal de la comitiva cósmica de faros.

¡Magníficas y hermosas luces que relacionais los mundos! ¡Vosotras preconisais de una Providencial naturaleza los trabajos! ¡Cuán portentosos, cuán variados son los detalles de vuestras múltiples creaciones, tributando prodigios al Autor supremo de la creación universal, á quien todos los prodigios se deben!

¡Himno sublime de la naturaleza viviente, escrito con los festonados contornos de los astros! ¡El hombre ya ha aprendido á leerle, y traduce tu poema de amor y de armonía con el entusiasmo intuitivo de su anhelante pecho como el estímulo maravilloso que le enseña los útiles deberes de su Providencialidad, y corre de momento en momento á cumplir su destino sublime como el absorto amante del bien, que no quiere perder ni un instante de tan dulces é inofensivos placeres!

¡Sí, la especie humana ha transformado la tierra en que vive en prodigioso paraíso, como el obrero que adorna su esplendente carro para reunirse en la fiesta universal de la naturaleza con dignidad y gloria.

Y allí, allí en el Paraíso final se reunirán todos los seres y los ornamentados mundos que van á construir el mundo imperturbable de la estupenda y eternal.

creación bajo la dirección remuneradora del infinito Creador á que se deben, y que será en ese lugar de gloria y calma sempiterna reconocido y adorado por todos los seres inteligentes de los mundos extintos, para construir con su armonioso y final equilibrio la estabilidad absoluta del núcleo perdurable!

Pero no es solo en la astronómica ciencia en la que el hombre ha multiplicado sus observaciones y descubrimientos maravillosos. El conoce ya de los físicos fenómenos el conjunto sublime.

¡Sí, reconoce la humanidad estaciada la unidad de la materia y forma primitiva, y del medio universal Armonio los múltiples oficios y sus idénticas esféricas.

Los imponderables variados por la multiplicidad de los núcleos y sus posiciones recíprocas, están del hombre bajo la potente ciencia, y con ella transforma la fuerza en movimiento, y el movimiento en fuerza y armonía, y la armonía en salud y placer imperturbables.

La mecánica rinde sus inestinguibles recursos al genio humano; ningún obstáculo, ninguna resistencia ni dificultad alguna puede oponerse á los designios de la ciencia. Todas las artes, todos los oficios se han refundido en uno solo: la mecánica. Ella es la creación del hombre, y su tributaria universal; y tú, ¡oh tierra! el apoyo de sus palancas prodigiosas, el foco inestinguible de sus eliósopos, caloríferos y electro-magnéticos aparatos, y el manantial de las fuerzas indefinidas de que dispone como tu Providente dueño.

¡Pero tú, Planeta, ganas en maravillas lo que le tributas de obediencia, y el hombre no cesa de embellecerte como al sublime taller, almacén y museo que con su ciencia adorna y glorifica.

¡Oh mundo! ¡oh ciencia! ¡oh esfuerzo Providencial de la humana estirpe! ¡Cuántos prodigios habeis realizado!

¡El hombre goza en los días la presencia del sol, y no pierde la vista de los astros, y en las noches multiplica sus eléctricas luces, aprovechando aun del sol los rayos eliósforos!

Y aun tus entrañas, ¡oh tierra! visita en indefinidas é iluminadas profundidades con bóvedas ininfiltrables, en cómodas y esplendentes galerías, contrastando su belleza con las rocas y minas ademadas que en otro tiempo el agua destruyera, y donde cada paso fuera un precipicio, un lóbrego sepulcro y una tormentosa y húmeda prisión que obstruía la luz á los ojos y la verdad á el alma.

¡Genio humano que haces sub-serviente á tu Providencialidad el cielo y la tierra, y la atmósfera, y la mar, y los abismos! ¡Podias detenerte aquí al ejercitarte en tu maravilloso destino? ¡Podieras suspender tus magníficos esfuerzos en los físicos prodigios?

¡Ah, no! En las nobles regiones de la ciencia biológica has obtenido iguales resultados. Tú hallas la vida en todos los fenómenos, y aun en el mismo fenómeno de la muerte. La muerte es ya solo para tí una faz cambiante de la vida; y la humanidad ha sabido depurarte de todos los agentes deletéreos y de sus antiguos, destructores y bochornosos vicios, y el bienestar y la salud imperturbables son las dulces conquistas de su gloriosa ciencia. ¡La medicina ya no ecsiste; la han reemplazado la moral y la higiene!

Ya no es el hombre aquella centina de miserias, ni aquel envilecido y sufriente foco de dolores, ni aquel asqueroso espectáculo de calamidades. El nace, crece y envejece sano, y cuando el necesario fin llega de su ecsistencia, es rápido, dulce, calmo, y el solo tránsito sublime del sér Providencial que se trasporta á dar razón de sus gloriosos y benevolentes hechos á su Providencial origen.

¡Sí, la biología en todas sus variadas ramificaciones es el dulce y más útil recurso del hombre como ciencia universal en física. El ha logrado no solo salvarse de

las enfermedades y dolencias, ha conseguido aun mas: reducir su impetuosa ansiedad hácia los placeres carnales á sus límites útiles y convenientes.

¡Pero la ciencia y Providencialidad humana no se han detenido á hacer solo al hombre feliz.

Las especies vivientes han recibido, asimismo, las benéficas modificaciones á que el géniol as ha sometido, y aquellas que solo eran perniciosas cesaron ya de existir.

¡Sí, ya veis esos dulces rebaños engalanados con floridas guirnaldas obedecer á la voz y á la llamada de los acordes de armoniosa trompa. Y tú, leal amigo del hombre, perro amoroso, inteligente y grato, conduces los tiernezuelos corderillos con las caricias de tu suave y salutífera lengua, y ausilias á la madre que balando los llama.

Y hasta de sus armas de otro tiempo los ganados carecen; ya no se mira del potente toro la frente armada de los punzantes y robustos cuernos, que amenazante y feroz ostentaba un dia. Su fuerza ya no está doblegada bajo el yugo, ni la pica acrecenta su pena y su fatiga. La felicidad y la ignorancia de la muerte hacen sus dias plácidos y dulces, y siempre inofensivos.

Así el hombre ha difundido el bien en todos los seres de la tierra, y la felicidad se palpa en cuantas especies sensibles habitan este globo fortunado.

¡Pero sería posible la felicidad en el hombre sin que éste hubiese hecho iguales conquistas en las ciencias morales? No, sin duda. Mas la moral hoy se funda en la Providencialidad de la especie humana, reconocida y acatada universalmente por todos sus individuos. La moral no es ahora el freno tormentoso que sugetaba en los estrechos límites de artificiales deberes á los hombres. No es aquel lazo estrangulante y severo, aunque invisible é interno, que retenia al esclavo bajo del feroz látigo del dueño, y que reducía á la muerte de hambre y de miseria al infeliz proletario en medio de los campos cubiertos de sazonadas espigas.

No, la moral ya no es aquella fuerza arbitraria que sugetaba á la desventurada y débil muger en la mansion de su ultrajador tirano, y que la conducía á la hoguera como un holocausto de pesar cuando aquel cesaba de atormentarla al bajar á la tumba.

La Providencialidad ha descubierto al hombre la fácil y venturosa realizacion de su eminente destino. ¿Quién no comprende la ventaja de obrar lo conveniente? ¡Y lo conveniente de todos no es lo justo? ¡Oh, sí! Mas lo conveniente y lo justo obsequiados espontáneamente se convierten en el amor virtuoso, y la misericordia á su vez es el resultado de la generosidad del amor.

¡Sí, hombres Providenciales! ¡Al adoptar y practicar las cuatro eminentes virtudes de la Conveniencia, la Justicia, el Amor y la Misericordia, pusísteis los fundamentos de la inmarcesible felicidad que disfrutais! Desde entonces tembló el delesnable cimientto de la desigualdad. La luz maravillosa de la verdad concentrada en su diamantino espejo, redujo á cenizas el edificio en que se entronizaban todas las tiranías que sugetaban al débil á una moral facticia que despreciaba y conculcaba el fuerte!

¡Y vosotros, hombres sencillos y de buena fé, ya no despedazais vuestras carnes con austeros tormentos. Vosotros habeis ya reconocido la bondad infinita que os ha hecho Providenciales y felices, y guiados por esta creencia salvadora, habeis descubierto y ejecutado lo conveniente, y con lo conveniente de todos habeis sido justos, amantes y misericordiosos!

¡Sí, la moral humana ya no está sujeta á contradiccion ninguna de parte de la naturaleza espiritual del hombre. ¿Quién no piensa bien cuando la razon le convence de la misma verdad que posee?

Tampoco está sujeta á contradiccion ninguna de parte de su naturaleza física. ¿Quién no está contento de los preceptos que le hacen amar lo que le es conveniente y le hace feliz con la verdad misma que posee?

¡Divina virtud! ¡Tú, tú tambien te has identificado con la verdad; y con el noble ejemplo de los mas fuertes y bellos de los hombres, has hecho que todos ejerzan el amor y la misericordia, y que se amen profundamente el fuerte y el débil, y que aquel tenga su mayor placer en ser Providente para con el segundo, y éste goce del inmenso deleite de agradecer sin envidia ni celos los beneficios del primero!

Así es como la moralidad del hombre le ha conducido á los prodigiosos resultados de su sociabilidad.

¡Sí, tiempo dichoso que intuitivamente toca y mira mi espíritu estaciado! ¡Sí, humanidad feliz que te encaminas á una perfeccion maravillosa! ¡Sí, mil y mil veces fortunada y resplandeciente época! En tí ya no hay pobres, ya no hay proletarios, ya no hay infelices. La igualdad es el dogma social de la especie humana. . . . Los niños que descansan en vecinas y floridas cunas, no miran sino iguales en los compañeros en sus infantiles juegos, y cuando acompañados de sus sabios y felices padres, dan vuelta al mundo con la celeridad de la aerostacion y visitan las cunas en que reposan los infantes antípodas, allí, allí tambien miran niños iguales, y la benevolente igualdad nutre sus ideas con la leche del materno pecho, así como con el pan delicioso del festin antípoda.

Y cuando las primeras impresiones de la ciencia se inculcan á los niños, cuando la educacion comienza á insinuarse en sus almas y cuerpos, ataviada con todas las delicias del placer y del grato entretenimiento, de nuevo son todos iguales. No se irritan, no, los celos del obtuso con los aplausos del agudo. No se castigan á unos deprimiendo sus facultades, ni se premian á otros escitando su orgullo.

La niñez aprende como máxima fundamental la igualdad absoluta de los hombres y su deber imprescriptible de trabajar. El trabajo ennoblecido así, es el único representante del poder y del saber; y el niño se acostumbra á mirar como el mas digno al mas constante, en las horas de estudio, aunque no sea el mas agudo en los talentos naturales ó adquiridos.

De este modo el fuerte trabaja las mismas horas que el débil en la tarea comun, y ni aun siquiera calcula si su trabajo ha sido mas ó menos productivo. ¿No es el resultado de los colectivos esfuerzos, igualmente útil y conveniente á todos?

De la misma manera el niño de talento y de géniol aprende y procura que aprendan sus iguales sin la necia vanidad de comparar su agudeza superior con los talentos inferiores de los otros. ¿No es asimismo comun la ciencia? ¿No son sus benéficos resultados el galardón así como la gloria de toda la humanidad?

Destruida en su origen la facticia pasion del orgullo, queda reducida á la nada la igualmente pernicioso pasion de la ira. Pronto, muy pronto el niño iracundo comprende que no es ya igual á los demas, y que por su propension degradante pasa á ser su inferior, y por lo tanto, que se hace indigno de vivir con la humanidad, la que lo conmina á la vida solitaria que le hace conocer y aborrecer su falta, y anhelar como el mayor bien el revindicarse en sus derechos de igualdad con sus felices contemporáneos.

¡Así tú, dogma único y sublime de la igualdad, vienes á ser el gérmen glorioso de todos los benéficos estímulos de los hombres, y diriges sus virtuosas acciones desde la cuna hasta su florida y glorificada tumba!

En efecto: la igualdad como dogma fundamental de la humanidad, conquistado con miles de años de virtudes heroicas y gloriosos esfuerzos, no puede ya ser conculcada por la tiranía. La tiranía es imposible. . . . El talento, el géniol, la vir-